



A las puertas del desierto

La fiebre que ha vivido el Partido Socialista durante las semanas previas a la celebración de su próximo congreso en Sevilla podría generar la falsa idea de que, una vez concluido, los ciudadanos seguirán prestándole atención. Desvelado el suspense de quién ocupará la secretaría general, lo que el Partido Socialista tiene enfrente es, seguramente, una larga travesía del desierto. La confianza en que el previsible desgaste que sufrirá el Partido Popular en el gobierno puede devolverle sin más el favor de los electores parte del supuesto de que la derrota del 20 de noviembre es un episodio pasajero, no una señal de que el mapa político podría haber sufrido una profunda transformación. Sobre la desafección al Partido Socialista han consolidado su posición otras fuerzas minoritarias, cuyo objetivo será seguir creciendo en próximas elecciones. Su estrategia, que es, por lo demás, la de cualquier fuerza política en democracia, tiene sin duda sus límites. El problema es que el Partido Socialista no está, ni probablemente estará después del próximo congreso, en las mejores condiciones para explotarlos y menos aún para aumentarlos.

Y no lo estará porque el liderazgo que salga del congreso tendrá dificultades para transmitir a los ciudadanos uno de los dos únicos mensajes que podrían atender: o bien que se trata de un liderazgo nuevo, algo que ya no parece posible, o bien que, aun tratándose de un liderazgo conocido, encabeza una profunda renovación del Partido Socialista. En otras circunstancias, las exigencias de novedad y renovación han podido ser gratuitas, resultado de modas o caprichos pasajeros como el que, no hace tanto, encarnaron los discursos ge-

neracionales. Ahora, sin embargo, se trata de un requisito político: la derrota del Partido Socialista ha resultado de tal envergadura que supone una enmienda a la totalidad, tanto a sus dirigentes como a su vaporoso programa de los últimos años. Es difícil, por no decir impensable, que los ciudadanos que le volvieron la espalda al Partido Socialista en las elecciones municipales y autonómicas de mayo, y en las generales de noviembre, recuperen la confianza en él cuando, al ver las mismas caras, se resistan a escuchar el programa por suponer que será también el mismo. Y eso en el supuesto de que, para colmo de males, no acabe siéndolo. Porque, hasta ahora, lo único que ha hecho el Partido Socialista ha sido asegurar que necesita nuevas ideas, nuevos planteamientos, nuevas respuestas y, en fin, toda una infinita parafernalia de cosas que deberán ser nuevas pero que, en realidad, no acaban nunca de ser expresamente formuladas.

Al igual que el resto de la izquierda europea, el Partido Socialista ha

El liderazgo que salga del congreso tendrá dificultades para transmitir a los ciudadanos que, o bien se trata de un liderazgo nuevo, algo que ya no parece posible, o bien que encabeza una profunda renovación

asumido que la socialdemocracia está en crisis; ha asumido, además, que los ciudadanos se han comportado de forma paradójica, cuando no irracional, al encargar la gestión de la situación económica a los mismos que la provocaron. Pero es que, tal vez, la supuesta crisis de la democracia no sea más que un eslogan puesto en circulación por las fuerzas políticas a las que más beneficia y sorprendentemente asumido por las fuerzas a las que más perjudica. Si se cumplen los sondeos, puede que el próximo presidente de la República francesa sea un socialista, eso si no acaba imponiéndose la candidata del Frente Nacional. Pero aun suponiendo que fuera un socialista y no la candidata del Frente Nacional, el eslogan seguiría vigente y es casi seguro que no se empezaría a hablar de recuperación de la socialdemocracia. El fenómeno no es nuevo, sino que viene repitiéndose desde los años noventa del siglo pasado: si gana un partido conservador en Europa, se constata un avance de la derecha; si en





F. MORENO

cambio es un partido de izquierda el que gana, se toma como un episodio singular y sin significado.

Tal vez lo que esconde el eslogan que proclama la crisis de la socialdemocracia es una situación electoral en la que la socialdemocracia se cierra a sí misma las puertas para gobernar. El error no está tanto en los programas que defiende como en los análisis de la realidad en los que apoya esos programas. Cada vez que la izquierda asume que la globalización es un hecho, olvidando que la globalización, la idea misma de globalización, es el paradigma desde el que el neoliberalismo impuso su análisis de la realidad, está segando la hierba bajo sus pies. La globalización no es un hecho, es un programa, y sólo en la medida en que se ha ido realizando como programa ha ido, a su vez, convirtiéndose en un hecho. Como programa, la globalización no es resultado de las nuevas tecnologías, sino del entorno normativo, tanto interno como internacional, que se fue creando desde el triunfo de la revolución conservadora y en el que, en efecto, las nuevas tecnologías han desarrollado su extraordinario potencial. Hanna Arendt puso en guardia contra ese género de ideologías que tratan de esconder la responsabilidad política y, en definitiva, la responsabilidad de hombres y mujeres concretos, detrás de leyes científicas o de fenómenos que impone autónomamente la realidad. Para que las

Cuando los partidos conservadores fracasen en gobernar una situación que resultará tarde o temprano ingobernable, es probable que la socialdemocracia no esté en condiciones de capitalizar políticamente ese fracaso

nuevas tecnologías pudieran servir de instrumento para especular con capitales en cualquier parte del mundo fue necesario que, previamente, los gobiernos decidieran prescindir de toda regulación del flujo internacional de capitales. Y que, además, lo hicieran convencidos, también desde la izquierda, de la vigencia de otra de las grandes falacias de los últimos tiempos: la falacia de que desregulación y liberalización son conceptos intercambiables y equivalentes.

Para que la izquierda recupere su condición de alternativa de gobierno es necesario que abandone la estéril pretensión de acotar los efectos de una globalización supuestamente producida por los cambios tecnológicos y se centre, por el contrario, en reformar el entorno normativo en el que los cambios tecnológicos han ido transformando el *programa* de la globalización en el *hecho* de la globalización. Ese entorno normativo partió de los gobiernos inspirados por la revolución conservadora, que lo impusieron en los organismos económicos internacionales y de ahí los extendieron por todo el mundo. Por eso si la izquierda, si la socialdemocracia aspira a recuperarse necesita hacer el mismo camino pero persiguiendo el objetivo contrario. Repetir el mantra de que la globalización es un hecho, y también el de que es resultado de las nuevas tecnologías, sólo conduce a consolidar una situación económica que la socialdemo-

cracia nunca podrá gobernar sin contradecirse, y de ahí que la abandonen los electores, de ahí que se resigne a asumir el eslogan de que está en crisis. Cuando los partidos conservadores fracasen en gobernar una situación que, de mantenerse el entorno normativo que la ha provocado, resultará tarde o temprano ingobernable, es probable que la socialdemocracia no esté en condiciones de capitalizar políticamente ese fracaso. Quienes lo capitalizarán serán las fuerzas populistas.

Es demasiado esperar y demasiado suponer que el Partido Socialista, este Partido Socialista que se escuda en la crisis económica y en la crisis de la socialdemocracia para no asumir las responsabilidades por la forma en la que gobernó, esté en condiciones de recuperarse a partir del próximo congreso, sea cual sea su resultado. Quién sabe si un liderazgo incontestable, que no ha aparecido por ningún lado, hubiera podido suplir la indigencia política e ideológica en la que se encuentra. Pero aun así, se hubiera encontrado con un problema del que no se habla, pero que marcará su futuro inmediato. Uno de los muchos secretos de Polichinela que existen en España es el de que los partidos suplen como pueden sus insuficiencias de financiación a través del poder municipal y autonómico; en estos momentos el Partido Socialista carece de cualquiera de ellos, lo que le aboca a unos años de penuria que revertirán en dificultades para mantener una militancia activa, para hacer publicidad de sus mensajes, para consolidar una vida orgánica que nutra con debates los años que le aguardan en la oposición. Además, esos debates tampoco los estimuló mientras estuvo en condiciones de hacerlo. Todo se reducía a conmigo o contra mí, todo se reducía a intentar callar o a lanzar insidias contra las voces críticas, todo se reducía a una asfixiante disciplina de aparato cuando lo que se requería eran estímulos y libertad. ●